

**La profecía franciscana
en la Iglesia**

Prof. Dr. Elmar Klinger
Deutschland

Roma, octubre del 2009

La Familia franciscana está compuesta por diversas ramas: la Primera Orden, la Segunda Orden, como también por las diversas Comunidades de la Tercera Orden Regular y Secular. Como tal, ella tiene su propia organización.

Yo no pertenezco a esta gran Familia, pero mantengo un estrecho contacto con ella y conozco muy bien al Padre Andreas. Como Presidente de la asociación CCFMC sin fines de lucro en Würzburg estoy ligado a este movimiento mundial. Y dado que los Franciscanos no sólo están dispuestos a servir únicamente a los Franciscanos, sino también a los No-Franciscanos, puede resultar de mucho interés saber qué es lo que sabe un No-Franciscano sobre ellos, y qué puede aconsejarles; se pueden descubrir cosas importantes desde otra perspectiva y poder luego traducirlas al lenguaje propio. Aunque quizá sólo comentaré lo ya sabido, o como se dice, sólo llevaré leña al monte. ¡Ya veremos!

El tema que expondré trata sobre la profecía franciscana en la Iglesia. Yo entiendo por Iglesia lo que enseña el Concilio Vaticano II. El Concilio ofrece una comprensión profunda y amplia del término Iglesia y siendo una promulgación del Magisterio es la base segura sobre la cual estamos y nos movemos. Y al decir “lo franciscano” comprendo yo a Francisco, remitiéndome a su ejemplo de vida y a lo más importante de sus palabras y escritos.

Con la palabra profecía no quiero entender adivinación o predicción. Característico de la profecía, en sentido bíblico, es el discurso sobre la unicidad y exclusividad de Dios. Actualmente al movimiento profético se le llama el „movimiento-de-un-solo-Dios”. La profecía habla de Dios desde el pasado para hacerlo tema del presente y construir el futuro. En el discurso profético se encuentran condicionándose el pasado, el presente y el futuro. Por ello la profecía crea existencia: trae a la memoria el pasado al presente y sus condicionamientos para inaugurar el futuro. Por tal razón ella siempre tiene un carácter crítico. Ella se convierte en crítica social cuando en la sociedad se desatienden aquellas personas que Dios ama, y se convierte en crítica a la religión, cuando la religión encubre a la sociedad en sus aspectos negativos, pero también se hace autocrítica, cuando ella misma no lucha contra esa maldad.

Francisco habla proféticamente sobre el Dios único, habla de Dios, Padre de Jesús, Creador del cielo y de la tierra, el único bien. Existe, pues, la profecía franciscana. Ella tiene en sí misma un potencial de fuerza y vida que no se ha agotado, sino que posibilita un futuro tanto para la Iglesia, como para toda la humanidad y todo el mundo. La profecía es memoria peligrosa, pues lleva en sí misma una crítica a las relaciones y conductas del presente.

El movimiento franciscano debe su existencia a esta tradición y debe mantenerse en cuanto sea posible como movimiento profético.

Es muy difícil agotar en una sola exposición todos los aspectos importantes de un tema como éste. Ella tiene sus límites de espacio y tiempo. Por ello trataré el tema sobre todo temáticamente, refiriéndome a hechos y conocimientos, sin adentrar a las circunstancias, procesos o trasfondos históricos. Las fuentes a las que he recurrido y me remito, son las mismas del Curso Básico del CMF, y por ello son del conocimiento de los presentes. También me referiré a los Escritos de San Francisco, a las Florecillas según la edición del P. Rotzetter, como también a datos biográficos en el contexto actual.

La exposición consta de tres partes.

1. Francisco, la Iglesia y el Concilio Vaticano II.
2. Pobreza y misión – un desafío profético.
3. Una de las bases más generales de la espiritualidad – la unicidad del ser.

1. Francisco, la Iglesia y el Concilio Vaticano II.

El punto de partida, desde el cual todo comienza, es Jesús. Desde él y en torno a él se mueve la vida de todo aquel que cree en él y se reconoce como su seguidor. – Pero Jesús no se anunció a sí mismo ni su vida giró en torno a sí mismo. El punto central de su vida es el Reino

de Dios. Todo lo que él dijo e hizo, el contenido de su oración, aquello por lo que padeció, luchó, las decisiones que tomó, la esperanza que alimentó, y el horizonte que abrió giran total y únicamente en torno al Reino de Dios. Él es la razón por la cual vive esta vida pública. Llamó a sus discípulos y los envió para anunciar el Reino de Dios. Atrajo un gran número de enemigos y fue el tema controversial de casi todas sus discusiones, dividió los espíritus y los forzó al conflicto consigo mismo hasta llegar a asumir su propia muerte.

Jesús no se anunció a sí mismo sino que anunció el Reino de Dios. Se pone a su servicio, es su portador y ha venido para realizar sus promesas. Él es, pues, el hombre del Reino de Dios, el Hombre entre los hombres, el Hijo del Hombre que se identificó con los pequeños e insignificantes y afirmó que todo aquello que se haga a ellos, también se le hace a él.

Los más pequeños son los primeros en el Reino de Dios, pero también pueden llegar a ser los primeros aquellos que se ponen al servicio de los más pequeños, pues de esa forma se convierten en pequeños. Este es el programa que Jesús proclamó y anunció. Un proyecto que no sólo anunció, sino que también lo vivió. Se hizo hombre para ser un hombre entre los hombres, el Hijo del Hombre, el hombre que une aquel que está más abajo con aquel que está más arriba precisamente haciéndose como el de más abajo, y le eleva a lo más alto en razón de esta solidaridad. – El Reino de Dios vivido ejemplarmente y predicado por Jesús construye comunidad entre el Altísimo y el que está más abajo, entre el más grande y el más pequeño, el que tiene más importancia y el insignificante. Él crea y fundamenta un nuevo orden de la vida en común cuando se asume la primacía de sus principios; por ello él es un desafío permanente para hacerlo valer. En este nuevo orden lo que está más abajo se coloca sobre lo más alto, lo más pequeño sobre lo más grande, lo más pobre sobre lo más rico. Con el Reino de Dios Jesús supera el conflicto entre Dios y los hombres haciéndose un hombre en medio de los hombres. Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de Dios. Si el primer mandamiento exige amar a Dios, el segundo es semejante al primero, amar al prójimo como a sí mismo. – Sólo cuando se cumplen ambos, entonces se crea la comunidad, nace la comunidad del Reino de Dios. La comunidad no está en algún lugar concreto lista para ser descubierta, sino que hay que construirla. El mensaje del Jesús histórico coloca a los oyentes frente a tareas a cumplir. Por un lado ya existe el Reino de Dios, pero por otro lado hay que realizarlo. Jesús no sólo es la verdad, sino que es el camino que conduce a ella. Con Orígenes se puede afirmar que Jesús es el Reino de Dios en persona, tal como repite muchas veces el Papa actual; pero al mismo tiempo también se puede afirmar que él es la persona del Reino de Dios. Nadie puede conocerle y ser su discípulo si no asume la causa por la cuál vivió. Él mismo puso clara esta condición. No todo el que le diga: Señor, Señor entrará en el Reino de Dios, sino aquel que está cumpliendo la voluntad de Dios. Sólo éste se acercará a él.

Francisco es un hombre de Dios. El consagró su vida a la causa de Jesús y se convirtió en un hombre de esa causa, un hombre del Reino de Dios, enviado para anunciar. Su tarea consistió en cumplir esa misión.

Él fundamentó toda su vida en la misión, es más, su vida fue en sí una misión. No se puede separar su vida de la causa a la que él sirvió. Todo giró alrededor de Dios, quien fue el único que le reveló directamente qué debía hacer. “Nadie me señaló lo que tenía que hacer”, escribió San Francisco, “sino que el mismo Altísimo me reveló que debía vivir según las normas del Santo Evangelio”. (Test. 14ss)

El Evangelio, que viene de Dios y que se le reveló, consiste en anunciar a todos los hombres, a todo ser viviente y a toda la creación que Dios está presente y todo le pertenece a él. Nadie puede afirmar que ama a Dios pero maltrata a los demás, o decir que le sirve a él pero lucha contra los demás. Quien afirma vivir el Evangelio sabe que está comprometido con esta verdad. Quien conoce esta verdad tiene la misión de llevarla a todo el mundo. San Francisco se puso al servicio de esta misión universal. En la Carta a todos los cristianos escribió: “Puesto que soy siervo de todos estoy obligado a servirlos a todos”. El se lamenta que “a causa de la enfermedad no puedo visitarles a cada uno personalmente”. Su lema era: “Deus meus et

omnia“, pues sólo existe algo por lo que vale la pena vivir: Dios. Él es el único, que está por sobre todas las cosas, el mundo, la creación, cada uno. Dios crea todo en forma acumuladora y distributiva. Él crea a cada individuo por sí mismo, y al mismo tiempo significa que lo crea en función de la totalidad, de tal forma que el todo no anula a cada individuo sino que lo confirma.

En Francisco la particularidad y la totalidad no se excluyen. Ambas no están una sobre la otra, o una dependiente de la otra, como si el todo dispusiera del individuo o viceversa. Ambas se complementan y necesitan mutuamente.

Partiendo de esta comprensión Francisco pudo escribir las Cartas a todos los fieles, a los gobernantes de los pueblos, a todos los clérigos y a todos los custodios. „Debe surgir una comunidad mundial que se sabe unida en la alabanza de Dios.“ (11/10) Toda la humanidad está llamada a unirse en él y a conformarla.

Esto también vale para las otras religiones donde se adora a Dios y se canta su alabanza. Es reveladora la postura que Francisco asume frente a los escritos sagrados de otras religiones. „Un cierto día le preguntó uno de sus hermanos, ¿por qué él guardaba con celo los Escritos de los paganos, incluso aquellos donde no aparece el nombre del Señor?; él le contestó: “Hijo mío, porque en ellos se encuentran las letras con las cuales se puede formar el glorioso nombre del Señor. Además, el bien que en ellos se encuentra no es propiedad ni de los paganos, ni de ningún ser humano, sino del Señor mismo, a quien le pertenece todo bien““. (11,11)

Fundamentalmente, Jesús es el punto de orientación y modelo ejemplar entre los hombres, tanto para cada uno como para todos. El sobresale entre todos los seres humanos, pero ninguno le es extraño; pues él se entregó por cada uno y por todos en general. El no abandona a ninguno, sino que sale a la búsqueda de todo aquel que está extraviado. Deja a los demás en el desierto para salvarle; pues ellos no podrán salir por sí mismos del desierto si no le toman a él como su modelo y se comprometen por los más pequeños de entre ellos.

Quien quiera vivir el Evangelio según la voluntad de Dios, tal como lo hizo Francisco, está referido fundamental e inequívocamente a Jesús. Pues Jesús no solo trajo el Evangelio, sino que lo vivió. Él no sólo señaló el camino, sino que él mismo lo caminó. Él es el Evangelio en persona, pero también la persona del Evangelio, la persona que muestra a cada uno qué es lo que debe de hacer y cómo debe vivir para encontrar el camino y proseguirlo.

No es casual que el discurso de envío en Mt 10 afectara interiormente y transformara a Francisco. Jesús mismo le envía para que los demás puedan escuchar el Evangelio que anuncia que todos están perdidos si se niegan al Único, que está para todos. En Él „uno para todos y todos para uno“ tiene su raíz la salvación de todo el mundo. Según Tomás de Celano la fundamentación más honda de la actitud misionera de san Francisco consiste en que: “Francisco decidió a vivir no para sí mismo sino para aquel que murió por todos, pues para ello se sintió llamado“. (11,9)

El Hijo de Dios es un hombre entre los hombres, y para juzgar la totalidad sentó como criterio la actitud que se asume frente a cada individuo; y para juzgar al individuo, en la actitud que asuma frente a la totalidad y frente a los demás. Él libera a cada uno de la individualización y libera a la totalidad de la violencia que ejerce para dominar y cosificar al individuo.

Francisco se coloca a sí mismo en esta tarea, la asume y la realiza; pues él es llamado a anunciar el Evangelio. Y cuando se dice anunciar, significa al mismo tiempo realizar. Su fe en Cristo implica confesar al Hijo del Hombre, a quien él llama „el pobre y humilde Cristo“, que siendo primero y se convirtió en uno de los más pequeños, para que cada uno de los pequeños y todo aquel que se considere último pueda palpar con sus manos que tiene un valor y sepa que también ocupa la posición de los primeros.

Esta cristología de Francisco tiene significado para cada ser humano. Ella es una misión universal; ella es buena noticia para los pobres y para los oprimidos; ella no justifica el

sometimiento de mujer bajo el hombre, ni que los niños sean considerados inferiores e incapaces de hacer valer sus propios derechos.

El niño en el pesebre, a quien Francisco amaba de manera especial, es el hijo de una mujer, un Hijo del Hombre cuyo Padre es el Dios del cielo. Él reconstruye la dignidad del ser humano, él se sienta a la derecha de Dios en el cielo. Su Espíritu se mueve sobre las aguas y hace a Dios presente en la historia. De ahí se desprende la gran veneración de Francisco por la Trinidad.

Francisco señala a cada ser humano la dirección hacia dónde debe orientarse. Tanto para el estado como para la sociedad, especialmente la medieval, él representa dinamita. Él remite a la Iglesia a su fundamento. La reconstruye interior e integralmente. La reorienta ofreciéndole un fundamento sobre el que puede basarse y erguirse de nuevo. Esta Iglesia que el Papa Inocencio III vio derrumbarse en su sueño y sobre la que le habló el Jesús crucificado de San Damián con las conocidas palabras: „Francisco, ve y repara mi Casa que amenaza ruinas” (Feld 20)

Francisco asume esta tarea dentro de su contexto temporal y local. Sus compañeros son conocidos por sus nombres. Originalmente eran doce Hermanos, sobre los cuales se dice: „Así como fueron doce tribus las que formaron un sólo pueblo, Israel, y que fueron doce los Apóstoles que Jesús llamó para anunciar a todo el mundo la vida y salvación, Francisco reflexionó: nuestra vocación es para todo el mundo, por ello, vayamos al centro espiritual del mundo, a Roma, donde vive el Papa; desde ahí podemos alcanzar todos los rincones del mundo para anunciar la paz y la vida de Dios a toda creatura. ... Y esto hicieron; y el mismo Papa les recibió y les envió a todo el mundo como testigos del Evangelio”. (11,3)

Una ciudad—Roma—la totalidad del globo terráqueo—la humanidad en general—, el Papa—la Autoridad máxima de la Iglesia—la Iglesia en general—los miembros que la forman, ambas realidades son parte de una sola realidad para Francisco. Él mismo como individuo se dirige a ambas realidades y se compromete con ellas. Se siente corresponsable por ambas pero siguiendo su propio camino. El Papa convoca a la Cruzada. Francisco toma parte en ella, pero sin hacer la guerra, sino como constructor de la paz; él en el seguimiento de Jesús quiere abrir un espacio al Evangelio — el Anuncio que viene de Dios — y realizarlo en un marco histórico que le contradice. Para ello se somete a cada autoridad, pero no para ser un subyugado o para sucumbir frente a ella, sino para llamarla a la conversión.

El mantiene esta postura consecuente frente a todos. Esta consecuencia es el secreto de su misión. En sus conflictos con las autoridades de la Iglesia, que llegan hasta el fondo, la pone al descubierto tal como ella es. En esta actitud tiene su origen y se nutre su sueño mantenido por mucho tiempo, esa utopía que a la mayoría impresiona, o sea, la conversión de los Prelados.

El mismo afirma: „Yo quiero que los preladados se conviertan, pero a través de la humildad y veneración. Cuando ellos vean nuestra vida según la santidad y la devoción, entonces les pedirán que prediquen y conviertan al pueblo”. (Feld, 41)

Aun así, Francisco rechaza todo tipo de privilegios y cargos eclesiásticos para sus Hermanos; pues, según él, ellos son “llamados precisamente “menores” porque no tienen la pretensión de convertirse en “mayores”. Ellos reconocen su vocación cuando permanecen entre los menores y ahí siguen las huellas de Cristo. [...] Porque si Ustedes quieren que ellos aporten frutos en la Iglesia de Dios, manténgalos y consérvenlos en aquello que sea compatible con su vocación, en todo caso envíenlos a los últimos lugares, incluso contra sus voluntades, y nunca permitan por ningún caso que sean elevados hasta formar parte del alto clero”. (ebd.)

Por su parte, el Movimiento franciscano tuvo que proseguir a Francisco en la senda de su misión en la Iglesia y desde su ejemplo superar conflictos con los representantes de la Jerarquía. El Concilio Vaticano siguió sus huellas cuando desarrolló el tema de la Iglesia y acuñó un concepto extensivo de ella. Mario de Galli llamó a San Francisco *el tema escondido* de ese Concilio. En una concepción de Iglesia como Pueblo de Dios, la Jerarquía es parte de este Pueblo, con ello se supera la contradicción entre ambos. El Pueblo de Dios no está

supeditado a la Jerarquía; ella no es su propietaria, sino que ella le pertenece a él y está a su servicio. El misterio de esta Iglesia se revela desde su mismo origen. Pues su origen está en el anuncio del Reino de Dios por Jesús. Él, el Señor Jesús, marcó el inicio con su Iglesia cuando anunció la Buena Nueva del advenimiento del Reino de Dios, prometido desde tiempos inmemorables en las Escrituras”. (LG 5)

La Iglesia es el pueblo mesiánico, que tiene a Cristo como su cabeza, que se entregó y resucitó para que todos fuésemos justificados. Ella tiene el status de la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones mora el Espíritu de Dios como en un Templo. Ella está determinada para el Reino de Dios, que fue sembrado en la tierra por Dios mismo para que crezca y se desarrolle hasta que llegue el final de los tiempos, cuando aparezca Cristo, nuestra vida, y sea glorificado, entonces la creación será liberada de su esclavitud y alcanzará la libertad y la gloria de los Hijos de Dios. “Así este pueblo mesiánico, a pesar que realmente no abarca a todos los seres humanos, y más bien aparece como un pequeño rebaño, es el germen indestructible de la unidad, de la esperanza y la salvación para toda la humanidad. Fundado por Cristo como comunidad de vida, del amor y de la verdad, él está a su servicio y Cristo le envía como instrumento de salvación para todo el mundo siendo luz del mundo y sal de la tierra (Cf. Mt 5, 13-16)”. (LG 9)

El Pueblo de Dios está íntimamente ligado con toda la familia humana. “Las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de hoy, sobre todo de los pobres y perseguidos, son las alegrías y las esperanzas, las tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Y no hay nada verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”. (GS 1) Pues es una comunidad de seres humanos que han recibido su Evangelio y se unen en Cristo, guiados por el Espíritu Santo en su peregrinación hacia el Reino y lo anuncian a todo mundo.

La Iglesia, pese a ser un pequeño rebaño, tiene una gran importancia para todos los hombres. “Ella es signo e instrumento de la íntima relación de todos los seres humanos con Dios y entre sí mismos”. (LG 1)

Ella es una realidad compleja. Configurada con órganos estructurales jerárquicos compone con todos los miembros una comunidad espiritual que está al servicio del Evangelio de Jesús y comprometida con todos los seres humanos.

El movimiento franciscano recibe una enorme motivación del Concilio y debe agradecerle a él los nuevos impulsos. Por su parte, él debe enriquecer los contenidos del Concilio con la experiencia, asumirlos, llenarlos de vida concreta, mantenerse fieles, y ofrecer contribuciones propias para continuar la marcha.

2. Pobreza y misión – un desafío profético.

Marie-Dominique Chenu llamó al Concilio Vaticano II un concilio profético. El Concilio ve en la Iglesia al pueblo profético en medio de las situaciones cambiantes, e invita a descubrir los signos de los tiempos en el presente y asumir la evangelización como un llamado para la misión. Pues bajo el concepto misión comprende la evangelización; y bajo la evangelización comprende la tarea de testimoniar el Reino de Dios en las circunstancias del presente. Los portadores de ese testimonio son los laicos, a quienes corresponde una responsabilidad especial en las actuales circunstancias. Su comprensión de misión la desarrolla en el párrafo que habla sobre la acción profética de los laicos, en el Capítulo IV de la Constitución Lumen Gentium, Nº 37. Los condicionamientos actuales frente a los cuales deben tomar responsabilidad son los signos de los tiempos. El Papa Juan XXIII, en antelación al Concilio, calificó tres grandes acontecimientos del mundo moderno como signos de los tiempos: la cuestión social de cara al movimiento obrero, la cuestión de la mujer de cara al movimiento femenino en sus luchas por autonomía y reconocimiento del rol y la corresponsabilidad, y la cuestión de la descolonización y liberación en el Tercer Mundo presentada por los movimientos de liberación.

Ya entonces estaba muy claro que no se podía salir al encuentro de semejantes desafíos ni responder a los movimientos sociales conformándose con simples reformas. El desafío está lanzado a la religión como religión. Ya es tiempo de cesar de caracterizar el Concilio Vaticano II como Concilio de Reformas. Su tema es la pastoral, y por ello quiere hacer valer el Evangelio entre los hombres y mujeres con toda su potencialidad para crear solidaridad y contribuir a encontrar soluciones a los problemas. La Pastoral es profecía cuando asume su responsabilidad por la vida en las actuales circunstancias, y trabaja para garantizar la vida con sustentabilidad para el futuro, fortalecida desde el fundamento de la propia fuente. Ella encara las situaciones en las que se encuentra, identifica los peligros que amenazan la vida y opta por senderos que conduzcan a la salvación.

Aquel que, según esta comprensión, opte por comprometerse con el presente compartirá sus alegrías y esperanzas, sus temores, tristezas y los destinos que padece. La acción pastoral según el espíritu del Concilio Vaticano II hace propias las necesidades que salen al encuentro. Y el problema más grande, el desafío gigante frente al cual nunca y por ningún motivo puede desatenderse, es la pobreza.

La pobreza fue un tema dentro del Concilio. El Papa Juan XXIII habló de una Iglesia de los pobres. Lercaro, Dosetti y Helder Camara desearon que fuese el punto central del Concilio. Y los llamados “Obispos pequeños”, agrupados alrededor de Bettazzi, Dammert, Mc Gray se comprometieron con ella y junto a otros que compartían esta visión lograron que la iglesia de Latinoamérica la asumiera como su punto central en Medellín.

El movimiento franciscano tiene una responsabilidad muy especial frente a este tema; pues nadie ha tomado tan en serio la pobreza, ni se comprometió tan vitalmente con ella como San Francisco. Él ve en la pobreza la cuestión que define entre salvación y condenación, entre muerte y vida. Ella caracteriza en general el trabajo eclesial. Pues ella está presente en todo aquel que se compromete con el Evangelio, pues pertenece a su fundamentación más elemental y está presente en todo su largo y ancho – Francisco y Clara la llaman “Señora”. Ella determina sobre el “ser” o “no-ser” de toda misión.

En su sentido más hondo, la pobreza afirma el hecho de que nada de lo que existe es propiedad de nadie, sino que todo pertenece a Dios, y que todo aquel que pretende ser dueño o se declara propietario de algo, está apropiándose de bienes ajenos, y con ello está transgrediendo las facultades propias. Ella está en el origen de todo y posibilita a cada uno, en el sentido más primigenio, a relacionarse consigo mismo, con los demás y con Dios. Pues Dios encomendó la Creación a las creaturas, y es su deseo que sus creaturas hagan lo que él hace, y que le tomen a Él como ejemplo. Pues ellas no tienen la fundamentación en sí mismas, sino que todo proviene de Él. Si la creatura reconoce su desnudez y no se avergüenza de ella, entonces descubre que es dependiente en todo y dependiente de los demás, pero también que los demás son dependientes de ella. Nada pertenece a nadie, pero a la vez todo pertenece a todos y a cada uno.

En este sentido, pobreza es el estado paradisiaco. Ella no dispone sobre nada de lo que existe, pero puede ser lo que ella es, esto es, un ser para todos. No ofrece una dicha sobre la que se puede echar mano, sino un amor, del cual brota y se desarrolla la dicha. Ella no capacita a cada quien a dar algo, sino a darse a sí mismo. Ella promueve, incita y motiva a cada uno, no para dar algo que supuestamente posee, sino a ofrecer lo que él mismo es. Ella es amor en el sentido original. No quiere poseer nada de lo que existe. Pues dentro de lo que existe ella siempre puede ser lo que ella es en su unicidad y originalidad de la vida, una vida que se dona a sí misma.

Y ella también transforma. Desde su propia necesidad se hace deseable y digna de ser amada, transforma su dependencia en autonomía y su debilidad en fortaleza. En los efectos que ella provoca y en la conversión a la que impulsa actúa la regla de oro: Todo aquello que alguien desea que los demás le hagan debe hacerlo él por los demás. Quien quiere amor, debe dar amor. Jesús afirma en Mt 7,12 que en esta regla consiste toda la ley y los profetas.

Ella impregna todo el Cántico a las Creaturas de San Francisco: “Loado seas mi Señor por todos aquellos que perdonan por tu amor, y soportan debilidad y tribulación. Benditos son aquellos que las soportan en paz, porque ellos serán coronados por Ti”.

Quien renuncia a todo, recibirá todo. Y si la pobreza capacita, no a dar algo, sino a darse a sí mismo, entonces la posesión conduce a lo contrario. La posesión incita a dar algo, en vez de darse a sí mismo. Cada quien puede esconderse tras de la posesión. Ella es comprensiva y se extiende sobre el mundo y los seres humanos. Se apropia de ellos y los convierte en instrumentos bajo su propio señorío. Ella hace de la pobreza algo indeseable, le desvaloriza, le roba esa autonomía que ella puede dar, le explota y la pone a su servicio. La posesión hace que los ricos sean más ricos, y los pobres más pobres. El acto de tomar posesión provocó que el hombre fuera arrojado del paraíso. E incluso hasta la Regla de oro puede ser pervertida. ¡Si tú no quieres que los demás te amenacen, entonces quítales la posesión! La pobreza, en su sentido original – el hombre junto a los hombres frente a Dios en el hoy – tiene un movimiento profético. Ella es el carisma clave en cada misión. El movimiento franciscano, más que otros grupos en la Iglesia, tiene la tarea de comprometerse con ella y desde ella, y vivirla. Francisco y Clara la vivieron y lucharon por ella. Ellos tenían la convicción que hay que dejarse guiar por ella.

La pobreza, tal como ellos la comprendieron, tiene una cualidad peculiar. Ella no se define por hecho de la carencia, sino por el hecho de ser-menor. Quien ha sido tocado interiormente por ella se relaciona de forma especial con cada persona y con toda la humanidad. Ella se le da a conocer y se le muestra en su nobleza. Ella no excluye de la comunidad con todos los seres vivos; pues cada quien tiene su lugar y status en el orden de la totalidad: el grande frente al pequeño no significa privilegio, sino complementariedad y subsidiariedad. Esta relación en cooperación debe ser mucho más evidente entre los seres humanos, que son Hermanas y Hermanos, pues deben vivir uno para el otro, pues Dios mismo así se ha relacionado siempre con ellos. Todo aquello que se haga a los más pequeños es decisivo para juzgar la relación con Él, pues lo bueno o lo malo les afecta no sólo a ellos, sino es hecho a Dios mismo.

El ser-menor por medio de la pobreza es un estatus. Su significado viene desde la misma Creación y juzga las relaciones sociales desde su mismo fundamento cuando son irrespetadas. Y este fundamento es Dios mismo.

La posesión excluye a los pobres, porque ellos no sólo carecen de propiedades, sino que tampoco se definen por ellas. Y tampoco anhelan adquirirlas. Porque para ellos pobreza no significa subdesarrollo o dejadez. Pobreza es más bien el estado del ser humano como ser humano, una cualidad esencial de su estado natural. Este estado original no le roba su dignidad, sino que se la muestra. En él está el futuro, pues una humanidad que no respeta este estado original no puede sobrevivir, sino que se destruye a sí misma.

La teología franciscana acentúa desde siglos la importancia decisiva de la pobreza, que tiene su fundamento desde la misma creación. La pobreza tiene una cualidad ontológica. Desde ahí desarrolla la doctrina de la Inmaculada Concepción en su mariología, que remite a la pureza original del ser humano frente a la conducta individualista; así también su cristología, que no hace depender la razón de la encarnación en el pecado original sino que la sitúa en la voluntad soberana de Dios como Creador. La finalidad de la cristología tiene que ver directamente con su inicio. Jesús, que nació desnudo, está colgado desnudo en la cruz. Él es la personificación de la pobreza original y la reconstruye.

La pobreza es rechazada por todos lados, pero al mismo tiempo es el fundamento de la vida y convivencia humana. Muchas admoniciones de San Francisco a las Autoridades del mundo tienen acá su fuente. Amonesta a los ministros que ningún hermano debe tener un cargo de poder o de señorío. Ningún hermano debe ser llamado Prior. Sobre los ministros él comenta: „él debe preocuparse de los hermanos de tal forma como él desease para sí mismo si estuviese en la misma situación. Y ninguno debe ser llamado “prior” en esta forma de vida, sino simplemente „hermano menor“ y uno debe lavarle los pies a los otros”. (Escritos 57)

La Regla de oro vale, pues, para todos y en todo tiempo y lugar. Especialmente para aquellos que tienen el ejercicio de la autoridad y deben juzgar a los demás. En la „Carta a los fieles“ – para él son aquellos cristianos que viven religiosamente, tanto laicos como clérigos, hombres y mujeres, todos aquellos que viven en mundo entero – Francisco escribe a los poderosos: “aquellos que han recibido el poder (la autoridad) para juzgar, deben practicarlo con misericordia, tal como ellos desearían ser juzgados con misericordia” (148/47). Unas líneas adelante afirma: “Ninguno debe esforzarse o anhelar estar sobre los demás, sino que cada uno debe el servidor y por la voluntad de Dios estar sujeto a toda creatura (1 Pedr 2,13)”. (149) En las admoniciones a los Hermanos expresa: „Bienaventurado el hombre que soporta a sus prójimos en sus debilidades, tal como él desease ser soportado por los demás si estuviese en la misma situación” (127). También todos deben servir a los enfermos tal como desearían ser servidos ellos si estuviesen enfermos. (62)

La pobreza hace posible esta forma de actuar, esta actitud que consiste en dar y recibir. Todos están mutuamente al servicio de los demás. Quien recibe no sólo le corresponde aceptar la ayuda de aquel que se la ofrece, sino ser ayuda para él. Lo mismo vale también para el “donante” de la ayuda. Él no sólo está dando algo de sí, sino que recibe algo de la persona destinataria de su ayuda. Así se construye una relación tal, que no hace de los pobres unos dependientes, sino que también presupone que ellos dan su aporte y promueve su participación. Ellos son inspirados y motivados a desarrollar sus propias capacidades en esta nueva relación.

Dios se ha hecho igual a los pequeños – él se hizo un pobre entre los pobres –. Todo aquel que quiera ponerse en sus huellas debe estar dispuesto a servir a los menores y recibe la tarea de la misión.

La misión no debe ser confundida con la caricatura que se ha hecho de ella en la actualidad. Ella no es la acción de ir a tierras lejanas, para implantarse a sí misma, llevando a los habitantes nativos del lugar algo que ellos ni comprenden ni desean, y sobornándolos con ayudas financieras y administrativas de tal forma que al final se les convence y se convierten.

Para Francisco, la misión pertenece al núcleo de la fundamentación de su movimiento. Ella empieza con Jesús mismo. Él envía a sus discípulos para anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios a los hombres que todavía no la conocen, a aquellos con los que él mismo deseaba encontrarse. Los discípulos no deben tomar nada que les perteneciera para el camino, ni alimentos, ni vestido, ni dinero. Su salario es el trabajo con la gente. Éstos les pueden recibir en sus casas o les pueden rechazar. La amistad que resulta del encuentro pone la base de la misión. Son rechazados, entonces los discípulos deben marchar a otro lado. Les reciben, entonces la paz llega y crece en esa casa y los discípulos se ponen a su disposición.

Ellos pueden actuar espiritualmente en medio de gente extraña de dos formas diversas. “Una forma consiste en no provocar riñas ni contiendas, sino estar sujeto a todos los hombres por voluntad de Dios, y testimoniar que son cristianos” (1 Pedr 2,13). La otra forma es anunciando la Palabra de Dios cuando se les permita y acepte” (65).

En la tarea de la misión se da una complementariedad mutua entre el dar y el recibir, que se puede expresar según la regla de oro. Si tú quieres que una persona extraña se acerque a Cristo, entonces tú debes ponerte a su servicio. Tú le aceptas y te pones a su lado. Si luego él te pregunta por qué motivos lo haces, entonces puedes responderle y clarificarle tus motivos. Tu fe en Dios es vida y servicio a su persona. Y tu celebración litúrgica te conduce a la fe en su persona. Sobre esta base puedes tú anunciarle la Palabra de Dios para iluminarle el camino.

La pobreza que capacita para el servicio a los demás, y que realmente sirve con la vida misma y con las palabras, trae vida, construye comunidad y pone fundamentos para la misión.

Alrededor de ella giró el movimiento franciscano desde sus inicios. Ella está en el centro de sus conflictos. Cuando el Papa Gregorio IX quiso liberar a Santa Clara del privilegio de la pobreza,

ella le respondió: “Santo Padre, de ninguna manera quiero ser liberada para la eternidad del seguimiento de Cristo”. (19,19)

El Concilio Vaticano es un programa para la Iglesia del siglo XXI. Su realización se da en dos niveles: en el nivel institucional a través de Sínodos, y al nivel de la base mediante la formación de comunidades. Las Comunidades de Base son el fruto más importante del Vaticano II. El poner en alto el valor que tiene la pobreza para su desarrollo, es una tarea eclesial y al mismo tiempo política de la misión franciscana.

3. Una de las bases más generales de la espiritualidad. La unicidad del ser.

La profecía es incómoda. Ella parte del presente, pero va más allá de él poniéndolo en tela de juicio. Ella remite a aquello que está por venir: poniendo la mirada en aquello que fue, invita al presente a reflexionar en lo que es y puede ser cambiado en él. Yo, tal como soy, puedo saludar con nostalgia a aquel que pude haber sido. Y surge el cuestionamiento, ¿Qué puede resultar de mí a partir de hoy?

Desde su espiritualidad el movimiento franciscano es profético. Él mismo, con todo lo que es y le pertenece – esto es, todo su pasado y todo su futuro – es tomado como tema desde el mundo en el que se encuentra. Cuando los primeros franciscanos fueron preguntados sobre dónde estaban sus conventos, ellos simplemente no entendieron la pregunta, pues ellos no tenían ningún convento; no vivían en conventos. Entonces respondían: nuestro convento es el mundo entero. Pues es el lugar donde viven, y al cual pertenecen. En él se pueden mover libremente y siempre encuentran en él un lugar para vivir. Entre ellos y el mundo existe una relación familiar. Se sirven mutuamente. Pues no existe un ser humano sin el mundo. El hombre es fruto de la tierra y sin ella no podría existir nada. El ser humano vive de los frutos de la tierra.

Y porque el ser humano no sólo pertenece al mundo, sino que es parte de él, las decisiones que tome sobre la tierra significan vida o muerte. Él puede tomarla como instrumento sobre la cual puede disponer, transformarla en desierto y convertirla en un lugar del espanto. Pero él puede respetarla y ser agradecido por todo lo que ella le ha dado y le sigue dando. Él puede cuidarla, proteger y cultivar todas sus formas y potenciar su desarrollo. El ser humano puede hacer de ella un lugar de salvación o de muerte para todas las creaturas.

El hombre no está llamado para su propia condenación, sino para la salvación. Ambas posibilidades no están puestas neutralmente una frente a la otra. El hombre no está llamado sólo para su propia salvación, sino para la salvación de todo el mundo. Y la verdadera razón del carácter universal de esta vocación está en la particularidad de cada ser, en sentido de originalidad, que lo hace único e irrepetible frente a todo lo que existe: cada ser, material o viviente.

La forma tan propia con la que Francisco habló con todas las creaturas, llamándolas hermanas y hermanos no debe calificarse como exageración poética. Tampoco consiste en una personalización simplista de lo que no puede tener carácter de persona. Sino que realmente esta actitud es un signo profético, porque entre la irrepetibilidad de Dios y la irrepetibilidad de cada ser existe una íntima similitud que tiene su fundamento en la unicidad de Dios, similitud que sólo sobre esta base pudo ser reflexionada a través de los tiempos. Esta igualdad en la diversidad es un elemento clave en el pensamiento de San Francisco. Y es una reflexión lógica y racional que fue luego asumida y desarrollada en la tradición franciscana de Duns Scotus hasta fundamentar una metafísica que se centra en la univocidad del ser. Todo se diferencia de lo demás. Esto conlleva a que cada ser está referido a los demás en su irrepetibilidad/unicidad. El único, al cual todos se remiten y que al mismo tiempo se diferencia de todos, y por ello todos pueden participar de él, es Dios.

Este mutuo intercambio fue acentuado claramente por Francisco. Los relatos más tempranos afirman que „Francisco llamaba hermano y hermana a todas las cosas, y hablaba con el fuego pidiéndole a él su favor, y exhortaba a las flores, a los viñedos y a todas las creaturas a alabar

a Dios; y hablaba con las creaturas como si fuesen personas que pudiesen entender. Pero también a viceversa: el sol trajo claridad a los ojos de Francisco, los pájaros le escucharon, los grillos le hicieron compañía, las cigarras le indicaban el momento de oración, la semilla le exhortó para la Misa, las flores le confortaron, todo le decía: ¡Dios ha creado todo para mí, oh hombre!, o también: El que nos ha creado es el mejor. (L 12/10)

El ser humano cuida de los animales. Pero también ellos pueden preocuparse por la mantención del hombre para que éste sobreviva. Ellos pueden ser modelos para la conducta humana y tienen – hablando en forma de parábola – una importancia social. “En la literatura medieval se usaban las distintas especies de pájaros como prototipos de las clases sociales: los pájaros de rapiña simbolizaban la clase alta, pues los ricos usaban estos pájaros para la cacería; las palomas eran símbolo de los predicadores sencillos y abnegados, y el faisán representaba a los creyentes, que no se dejaban atrapar por las vanidades de la vida del mundo, símbolo de la misericordia generosa y desprendida.” (Rotzetter, Fioretti 66)

Francisco ve la creación desde la perspectiva de la sociedad y le confiere con ello una potencialidad para la crítica social. El ser humano es un ser de esta tierra. Él no tiene ninguna justificación para situarse sobre los demás. La humildad es la valentía de colocarse en este mundo desde su mundanidad, desde su dependencia y pertenencia esencial a ella, con su capacidad de actuar desde ella. Es la valentía de ser terreno, “humilis”, creatura de este mundo. Ella le protege contra la prepotencia y el orgullo, y le hace servicial y servidor. Humildad no consiste en el ensimismamiento, ni en crear una mala conciencia. Sino que hace que el ser humano se ponga de pie, le hace valiente. Humildad es coraje de llegar a ser lo que realmente se es, esto es, homo – ser humano – un ser que viene de la tierra y vive en ella y de ella.

La pobreza pertenece a este ser. Pues él es parte de la tierra y se coloca a su servicio. Y es el único ser que no sólo puede someterse a la tierra, sino que puede donarse a ella. La pobreza es esta relación de no tener nada y tenerlo todo. Ella no tiene nada, y es libre de todo. Ella es tomada en servicio, pero no se somete a nadie.

La pobreza es una cuestión del Ser y no del Tener. Por ello no se le debe confundir con ascetismo, que si bien es cierto es un elemento de ella, pero no la personifica, porque ella no se reduce a necesidad o carencia; ella posee su propia dignidad y libera. Francisco le llama la perla del Evangelio. Ella tampoco refleja la situación social de la población, en el sentido de datos estadísticos sobre ingresos o sobre el nivel de pobreza; al contrario, ella desafía y exige a asumirla por sí misma, sin ser determinada y configurada por datos estadísticos.

La pobreza, tal como la entiende Francisco, no se agota en la carencia que alguien sufre, más bien ella es el status que adquiere ese alguien cuando la asume, una fuerza que recibe por medio de ella, una “fuerza con la cual los hombres y los ángeles se comunican en una misma lengua” (Floreillas 53). Ella no lo debilita, sino que lo fortalece; porque la necesidad y la miseria no es destino marcado para nadie, sino un estado en el cual se encuentra y que exige de los demás que le reconozcan y asuman la responsabilidad de mostrarle solidaridad.

La pobreza, en este sentido, es un tema religioso-político. Por ello ella consiste en el hecho del ser-menor, que implica el saber escuchar y capacita para transformar el mundo. Francisco hizo suya la fuerza de este „ser“ y la hizo presente en su relación con los Papas y obispos, con emperadores y reyes, en sus Cartas a los Fieles, a los clérigos y a los dirigentes de los pueblos; en ellas exhortó sobre la forma de comportarse frente a los súbditos y qué criterios deben usar para autoevaluarse. Ellos deben tratar a los demás como a ellos les gustaría ser tratados si estuviesen en la misma situación.

San Francisco habló con las autoridades, sin exigirle a ninguno que renunciara a sus competencias y sin inmiscuirse en la tarea de gobernar, pero sí les llamó a conciencia sobre la responsabilidad que ellos tienen. Nadie está creado para sí mismo, sino que cada uno debe

estar para todos. En su ser-menor quiere encontrar aceptación de la pobreza en ellos. Esto sería un signo profético, un signo del respeto y del reconocimiento para todos.

El problema de la riqueza no consiste en el repartimiento injusto de los bienes, en sentido abstracto. No se puede afirmar que ella en sí misma sea la maldad. Pero la riqueza quiere tomar todo en posesión. Mide al ser humano y a las cosas desde la ventaja o desventaja que conllevan para su acumulación. Ella quiere ser servida, sin que ella preste un servicio a la colectividad. Crea dependencia, servidumbre y pobreza en un sentido destructivo. Las personas dejan de ser sí mismas, dudan de todo y en todo, unos padecen de hambre o de sed, son víctimas de la violencia. Riqueza y posesión en este sentido, son pecado, y quizás en general, el pecado original de la humanidad. Es el pecado como institución.

Si el ser humano es parte de la tierra, esencialmente terrenal, entonces todo acto o acción que afecta la tierra y a todo lo que existe en ella, es un acto o acción que afecta al ser humano. Toda acción contra ella posibilita y condiciona la esclavitud. Y toda liberación debe incluir también la liberación de esas acciones contra ella.

Francisco opta por la pobreza. Ella es un signo profético. Sobre el dinero dijo él que ni siquiera debe ser tocado, pues él es como la peste, que trae enfermedad y es contagiosa y se expande.

Francisco señala el camino que saca del círculo de la violencia. La Regla de oro vale especialmente en el trato con el lobo. Él devora a los hombres porque tiene hambre y por ello nadie le da algo para comer. Y los hombres no le dan comida precisamente porque les devora. El problema es el hambre que padece, de la cual nadie se interesa. Si se le prestara atención y se buscara saciar su hambre, el lobo empezaría a respetar a los hombres y ya nos les devoraría. El animal feroz pasa a convertirse en el Hermano Lobo. Este es el significado del relato del lobo de Gubbio: „Después el lobo vivió dos años más en Gubbio. Mansamente iba de puerta en puerta y entraba en las casas sin hacer daño a nadie y sin que se le causara daño a él. Él era alimentado amigablemente por la gente, y tampoco los perros le ladraban cuando le veían pasar por las calles y casas“. (Florencillas 82)

Este relato es ejemplar para la misión, en el sentido e intenciones de San Francisco. Es un relato que contiene una acción profética. – „En el capítulo sobre la misión, Francisco exhorta a los Hermanos que debían de marchar como ovejas en medio de los lobos. Cuando hablaba de los lobos estaba entendiendo los Sarracenos, que en los escritos cristianos eran descritos como „bestias“. También Gubbio, el lugar al que alude el relato, recuerda el encuentro con los sarracenos. En realidad, Francisco quería lograr un encuentro con ellos desde la no violencia“. (Florencillas 82)

Y él logró cristalizar esta alternativa. La cuarta cruzada, en la cual él mismo participó, tenía un objetivo y meta clara: la conquista de Tierra Santa. El Papa Inocencio III argumentó desde el derecho feudal medieval, según el cual esta tierra pertenece a Cristo. Cristo se la confía a él como su representante; y con ello adquiere todos los derechos. Así, el Papa tiene derecho a tomar posesión de ella, según la mentalidad feudal. La misión debió subordinarse a esta exigencia, y someterse a ella.

Francisco, aun con todo esto, habló con el Sultán y pudo despertar en él respeto. El camino por el que él optó era peligroso. Él se puso en sus manos y se abandonó a sí mismo como un cordero bajo los lobos. Él no pretendía vencer, ni robar, ni mucho menos matar, sino ponerse a su servicio, de tal forma que ellos, si es que Dios así lo quiera, conozcan a Cristo pobre y humilde, de tal forma, que si es la voluntad de Dios, vivan con él, por él y desde él.

El Papa quería tomar posesión sobre Palestina. Francisco solo quiso ser un hombre que testimonia su fe en Cristo en medio de hombres que se reconocían musulmanes, y así vivir en nombre de Cristo. Empezó a pensar desde los musulmanes y por ello encarnó una comprensión profética de la misión.

Su postura es modelo orientativo en la Iglesia según las actuales condiciones. El Concilio Vaticano II fue un concilio profético; no sólo reconoció el oficio profético dentro de su enseñanza sobre el pueblo de Dios sino que en la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy, también hizo de ella un tema frente a los problemas y cuestionamientos actuales.

El movimiento franciscano desde el subsuelo de su espiritualidad puede sentar puntos esenciales en la Iglesia. Él está íntimamente ligado con el mundo de hoy. El mundo está presente desde su cuna y lo asumió desde su bautismo.

Sus temas son los temas del mundo moderno. Entre ellos se cuenta el Jesús histórico – Francisco se comprendió a sí mismo desde él y vivió al cien por ciento en su seguimiento. El tema de la pobreza es un mega tema del mundo globalizado – ella consiste en el ser-menor de todo aquel que en situaciones de crisis no pretende dar „algo“ sino „darse a sí mismo“ –, también el tema de la misión, que invita a ir a los lobos, pero reconociéndoles como Hermana y Hermano y que tienen derechos que hay que reconocerles.

Estos temas en general y la forma peculiar de tratarlos, llevan a un rompimiento con el pensamiento antiguo, cuyos representantes son, fundamentalmente, Platón y Aristóteles y que hasta el presente domina la vida de la Iglesia. En el iluminismo fueron discutidos y desarrollados estos temas, pero realmente esta nueva forma de pensar fue posible y entró en vigencia con la renovación traída por el movimiento franciscano.

Desde Aristóteles y Tomás de Aquino se afirma: de singularibus non est scientia. Desde Scotus se debe afirmar: non est scientia nisi de singularibus. Desde Tomás se dice que la esencia del Ser es la comparación de todo con todos, la analogía. Desde Scotus vale afirmar: el fundamento del ser es la individualidad, irrepetibilidad de cada uno, la univocidad del ser. Sólo desde este fundamento puede compararse con todo lo demás. No sólo existe la máxima „ens et unum“, sino aún más, ésta descansa sobre la base de otra máxima fundamental: „ens et aliud convertuntur“.

El futuro de todo ser reposa en la esperanza que cada ser en su irrepetibilidad individual está unido a aquel que es el Único, Dios, que es todo en todos.

Esta promesa es la esencia del carisma profético del movimiento franciscano. El mayor servicio que el movimiento franciscano puede ofrecer a la Iglesia es remitirle a esta promesa y estar anclada en ella. Pues el futuro no está reservado sólo para ella misma, sino para toda la humanidad, y a todas las demás creaturas. La Iglesia no puede quedarse indiferente, cuando los grandes pensadores de la ilustración tomaron del movimiento franciscano la base para desarrollar su propio pensamiento. Para Kant la regla de oro es la base para el imperativo categórico, el Reino de Dios es la base para su crítica a la religión, y Jesús, el Hijo del Hombre, ejemplo, modelo y principio orientativo.

Seguir poniendo en obra todo eso no es tarea fácil. Pero esto nos dice que hay mucho por hacer. Nos encontramos en un tiempo de transformaciones. El camino que debemos de seguir nos conduce a los lobos. Pero no tenemos miedo. No les tememos, sino que les amamos porque son nuestros hermanos. Ellos tienen el derecho que les respondamos y testimoniemos con palabras y obras sobre aquello que nos pregunten. Esta es nuestra tarea, es así como se hace misión.